

117

REVISTA
DE
CIENCIAS ECONÓMICAS

PUBLICACIÓN MENSUAL

DEL

Centro Estudiantes de Ciencias Económicas.

DIRECTOR:

ROBERTO A. GUIDI

=====

AÑO 1

NÚM. 9

MARZO DE 1914



DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

1835 - CALLE CHARCAS - 1835

BUENOS AIRES

1007

F. 313 (200)

GEOGRAFÍA SOCIAL ARGENTINA

(BOSQUEJO)

I

Entre los pueblos contemporáneos, son sin duda los de América aquellos que presentan el más fructífero campo para el estudio, casi experimental, de la sociología. En ellos, en efecto, los diversos factores se ven actuar día a día y momento a momento, de tal manera que es fácil la observación sobre el terreno, la más adecuada para dar valor científico a las investigaciones, que de otro modo pecan, como ocurre casi siempre, por exceso de teorización abstracta. Además, la brevedad de su historia y la rapidez con que ella se ha desarrollado, pasando en poco más de cuatro siglos por todos los aspectos de la evolución humana, hace que los pueblos de América presenten un campo incomparable para los estudios sociales, especialmente en lo que se refiere al destino, organización, psicología, mutaciones, etc., de los pueblos europeos.

La circunstancia de ser pueblos nuevos y en formación permite los estudios de carácter biosocial sobre la fusión y mezcla de las razas y la influencia del nuevo ambiente sobre los elementos importados, que pocas veces dejan de sufrir, sobre todo en pueblos de vida intensa como el nuestro, modificaciones mucho más profundas de lo que comúnmente se imagina. En estos estudios será necesario determinar no sólo la profunda revolución que el nuevo ambiente produce en el alma del inmigrante, sino también en qué medida el

medio geográfico, con sus múltiples acciones, influye para adaptar a la vida argentina al elemento nuevo. Una completa y detenida revisión de la geografía argentina, un tanto descuidada hasta hoy, permitiría arribar a conclusiones de un valor inestimable para el estudio de estas cuestiones y otras muchas, en que la falta del dato preciso y la apreciación técnica correspondiente impide la investigación.

La Argentina ha contribuido y sigue contribuyendo con estudios de suma importancia al enriquecimiento de las ciencias sociales americanas, y no existe pensador nacional en cuya labor no pueda hallarse el reflejo, al menos, del ambiente visto y sentido. Algunos, como Sarmiento y Alberdi, filósofos y políticos de genio, han exteriorizado la poderosa sugestión de los problemas de la formación nacional, con tal fuerza que, más que análisis científico, metódico y paciente, la enunciación de las cuestiones era en ellos expresión vigorosa de *fuerzas que se sentían vibrar* en la agitada época en que actuaron y escribieron.

Los escritores posteriores, y especialmente aquellos que se inspiraron en el método y la orientación de la ciencia positiva, a que debe su origen la ciencia social, han agregado a la labor importantísima de aquellos un conjunto de trabajos que constituye ya una hermosa colección de obras de mérito, y cuando, un día que no puede estar lejano, se reconstruya la historia nacional, con la ayuda de todos esos elementos de la ciencia social, se notará el valor de los esfuerzos, discerniéndose, a los que marcaron rumbos y por la primera vez tocaron esas diversas cuestiones, el mérito que pocas veces los contemporáneos tienen el buen gusto de reconocer.

Las anteriores afirmaciones no llegan, por mi parte, a la inconsideración de algunos escritores, como Ingenieros, que llegan a decir que la Historia Argentina no ha sido escrita, simplemente porque no ha podido ser escrita con el criterio sociológico contemporáneo, por la misma razón que no ha sido escrita con ese criterio la historia completa de ninguno de los pueblos europeos... De lo cual resulta claramente la injusticia e irrespetuosidad con que algunos autores han pretendido amortiguar el mérito de las obras de nuestros grandes historiadores como Mitre y López, respecto a quienes, y aún haciendo una digresión quizá larga,

diré lo que la patria debe a sus obras, en las cuales, por la fuerza de las cosas, tendrá que beber como en la primitiva fuente de toda historia argentina, cuantos quieran escribirla y tratarla en lo futuro.

En efecto, no podrá ser de otra manera, ya que esos autores y algunos otros que fueron sus contemporáneos, aparte de la reconstrucción que hicieron de los hechos y del legado que nos han dejado de preciosos documentos, no han omitido en ningún caso la apreciación científica y filosófica que correspondía, de acuerdo con la ciencia social del tiempo en que escribieron, en cuyo sentido, si en algo pecaron, será en lo mismo que pecaremos nosotros y los escritores actuales cuando seamos juzgados por los que vendrán, en quienes, sin duda, nuevos principios y nuevas orientaciones científicas formarán un criterio más exacto, más amplio y sin duda más humano que el nuestro, porque será más elevado.

Si nuestros grandes historiadores pudieran ser atacados por haber escrito sobre hechos que fueron demasiado próximos a su actuación, que fué sin duda eminente, podrán también, con iguales razones, ser elogiados por haber con ello proporcionado a la posteridad documentos importantísimos para juzgar la forma en que sentían y pensaban respecto a hechos y personas esos grandes actores y a la vez críticos de los acontecimientos,—y si algunos errores pudo sugerir la pasión a sus elevados intelectos, la posteridad debe enunciarlos y corregirlos, tomando esas apreciaciones como documentos vivos y no como historia imparcial,—como, según es notorio, han hecho ya muchos respecto a tantas apreciaciones de López. En cambio, ¡cuánto no debe la Historia de América, y especialmente la de nuestro país, a Mitre y a López!

Las obras de ambos insignes autores pusieron en evidencia la acción del pueblo argentino y de sus grandes hombres en pro de la libertad de América. Por su valor científico, su estilo, su documentación, sus juicios, su misma fogosa sinceridad, esas obras no han sido hasta hoy alcanzadas por autor ninguno, y ellas han llevado, silenciosamente, a la conciencia del pueblo y a la ciencia extranjera, la convicción respecto a los grandes sacrificios, los heroísmos superiores, las titánicas luchas, con que el pueblo

argentino llegó a conseguir un cambio tan importante en su destino, haciéndose, por su soberana y firme voluntad, soberano de sí mismo.

Indiscutiblemente, esas obras han contribuído a la unión de la familia argentina ; *han creado la conciencia histórica, que es la que hace de una sociedad una nación* ; han formado en el alma argentina el monumento más hermoso de sus tradiciones, sus cultos heroicos, sus admiraciones ciudadanas. El alma misma de la nacionalidad se completó con la lectura de Mitre y de López, bebiendo en ellos generosamente el ideal de la patria, de las enseñanzas democráticas, el sentimiento del destino común, que ha hecho de nuestro país un todo orgánico. En ellos se inspiraron nuestros primeros maestros de enseñanza primaria,—modeladores de la nacionalidad ; — ellos formaron el alto decoro que ha sido siempre la más grande fuerza moral,—el aprecio de sí mismo,—con que el pueblo argentino ha afrontado las contingencias más difíciles de su destino... ¿ Para qué decir más ? ¿ Habrá acaso algún otro historiador que pueda más tarde conquistar mejores títulos a la gratitud nacional y al respeto imperecedero de los argentinos ?

Y bien, nuestros historiadores clásicos, como nuestros clásicos filósofos y políticos, Sarmiento y Alberdi, han dejado numerosas apreciaciones que son hoy del dominio de la ciencia social, y aunque, no siendo ese su objeto, no hayan sistematizado tales ideas, lo que han dejado es, sin embargo, fundamental, y pecan muchos de nuestros contemporáneos por el celo con que evitan el citarlos, hasta en casos que son francamente de conciencia, *tal vez porque de citar a los autores que antes que nosotros emitieron nuestras ideas pueda hacernos parecer en exceso eruditos... y pobres de ideas propias!*

II.

Entre esos juicios y sugerencias valiosos, hay muchísimos que revelan el conocimiento perfecto que nuestros autores tenían sobre la gran cuestión de la influencia física o telúrica sobre el desarrollo social. Esta es, sin duda, y como en muchas otras ciencias, la primera palabra pronunciada en nuestro país.

Ha llegado el momento en que es preciso sistematizar los estudios de Geografía Social Argentina,—y nuestro propósito no es otro, en este modesto trabajo, que el de llamar la atención de aquellos que puedan hacerlo, con mayores luces y dedicación que la que nos es dado conseguir.

El Instituto Geográfico Argentino ha sido encargado de preparar una obra de Geografía Argentina, con datos correspondientes a 1910, y creemos que esa obra, que será sin duda de gran importancia, no sería completa si faltase en ella siquiera lo más indispensable en cuanto a datos del carácter del tema que nos ocupa.

Y en efecto, las ciencias no son, en último término, sino formas de la reacción humana contra el medio físico y social, cooperando al desarrollo de la civilización, cuyo último resultado es el acrecentamiento de la vida de la especie, de su felicidad, sus medios de vida y su armonía social.

Y bien, la geografía adquiere un interés muy elevado cuando se estudia la tierra, no sólo por sus accidentes y curiosidades, sino principalmente como habitación del hombre;—vale decir, en lo que ella tenga de importante para cooperar felizmente al desarrollo de la civilización,—al sustento de una población numerosa,—y como elemento primario, sustentáculo y base de la vida humana.

Considerar al hombre como parte integrante de la Naturaleza y no como simple huésped de ella, buscar en la naturaleza, no la explicación exclusiva, sino una gran parte del por qué de los hechos históricos, es prestar un interés novísimo,—aparte del perpetuo interés de la verdad,—al estudio de la geografía, como ciencia que, ante todo, debe enseñarnos lo que es la morada del hombre y decisivamente la fuente originaria de su vida, su nutrición, sus vestidos y sus habitaciones.

Este concepto, sencillo en su origen así expuesto, lleva, no obstante, en su desarrollo, a conceptos muy complejos y elevados, obligándonos a ligar el estudio de la geografía al de muchas otras ciencias que se convierten en sus auxiliares, con lo que, propiamente, se forma la especialidad de la ciencia geográfica que debe llevar el nombre de Geografía Social.

Si al estudiar la tierra,—un país, una región, una zo-

na,—tenemos el propósito de investigar su acción sobre la vida humana, individual y social, ocurre de inmediato relacionar la producción con la alimentación y el vestido, llegando gradualmente hasta los más graves problemas económicos de la región estudiada. La meteorología nos ayudará para el importante estudio relativo a condiciones de salubridad; las lluvias, las aguas surgentes, la mayor o menor humedad del aire, son otros tantos estudios que necesitan la cooperación del dato científico y en lo posible largamente comprobado, sin lo cual no se alcanzaría la autoridad que requiere todo trabajo serio y honesto. Más aún, preciso será con tal criterio analizar la distribución de las aguas, las montañas y otros accidentes del terreno, en cuanto abren o cierran horizontes y caminos al tráfico, en lo que va envuelta la cuestión del valor social de un territorio como vehículo de unión o de discordia entre los pueblos. Y si bien este estudio, aparte del dato geográfico, deberá apoyarse en la historia, podría también proporcionar inferencias útiles respecto a lo que conviene hacer en un país dado para que la red de sus comunicaciones artificiales contribuya eficazmente a subsanar los inconvenientes que presenten sus comunicaciones naturales, pues un país, desde el punto de vista de la Geografía Social, debe cuidar la salud física y moral por medio de una activa cooperación entre todas las porciones de su territorio, para que jamás surjan entre ellas factores de separación o de encono.

La importancia del estudio emprendido con este criterio,—sobre todo en lo que se refiere al problema de la población en nuestro país,—es tan evidente, que fuera superfluo insistir en mayores demostraciones.

III

El doctor José María Ramos Mejía, en «Rozas y su tiempo», ha dedicado páginas admirables a los factores geográficos de la unión nacional, con sugerencias muy felices y dignas del mayor encomio. Fundándonos en él y en otros autores, como Reclus, hemos bosquejado, en nuestra «Moral cívica y política», el estudio del mismo punto, dividiendo la República, al efecto, en tres sistemas geográficos: el del Litoral, el Centro Andino y el de la Pampa,—de cuyas

conexiones íntimas surge la unidad geográfica de la Nación. Es evidente que la importancia del factor geográfico disminuye en cuanto aumenta la civilización, — ya que ésta, como hemos dicho, es, en uno de sus aspectos, una reacción contra la naturaleza, — de lo que se infiere que la influencia del medio físico es atenuada por todos aquellos recursos de creación humana que nos preservan del rigor del clima, modifican el curso de los ríos, elevan las costas bajas, horadan las montañas, aplican las fuerzas mecánicas, fecundizan el suelo, canalizan, riegan, cambian, en fin, totalmente, la tierra y sus influencias.

Pero en las épocas primitivas, como en los medios extremos, la acción del hombre contra la naturaleza es nula; y es precisamente, en esas épocas y medios, en los cuales se modela el origen de los pueblos. Así, en la formación nacional, el litoral se nos presenta como agente casi exclusivo de la comunicación con el exterior, del cual recibíamos, como hasta hoy, la población y la cultura; por eso perduran en el litoral los sentimientos más progresistas de imitación al extranjero, hospitalidad, liberalismo y amor al progreso.

La inclinación general del suelo argentino, de Norte a Sur y de Oeste a Este, es, sin duda, la causa determinante de la importancia del sistema litoral, que se forma con la contribución de las aguas de una extensa zona, — que abarca más o menos la cuarta parte del territorio de la América del Sur, — aguas que se dirigen todas a la gran hoya del Plata, que es así el corazón de este vasto sistema de circulación hidrográfica. Esta primitiva circunstancia, actuando desde el principio como fuerza constitutiva de las corrientes de hombres y de cosas, ha modelado por siempre los movimientos de intercambio de la vida nacional, colocando las poblaciones a lo largo de esos grandes caminos fluviales y de los caminos terrestres conductores para la vía fluvial, de tal manera que los ferrocarriles argentinos, por la fuerza de las cosas, no han hecho otra cosa que sustituir, en primer término, a los caminos terrestres auxiliares de los fluviales, para más tarde seguir la corriente de los ríos, buscando una mayor rapidez, en lo cual entre nosotros se ha andado demasiado ligero, pues más útil hubiera sido, para bien del país, que los capitales invertidos en ferrocarriles:

de trayecto paralelo a los ríos (competidores de la navegación fluvial) se hubieran invertido en ferrocarriles mediterráneos, como que son aquellas regiones mediterráneas las que con mayor exigencia de vida piden transportes rápidos y fáciles para arrimarse a los grandes ríos y, por medio de ellos, al mar.

La situación privilegiada de Buenos Aires, sobre el Plata, teniendo a sus espaldas todo el país, y mirando abiertamente hacia los caminos que conducen a Europa, nos explica, geográficamente, su desarrollo colosal y su importancia continental; así como Rosario de Santa Fe, por su carácter de puerto principal para las provincias del Norte a menor distancia de ellas que Buenos Aires, es la plaza comercial y puerto que alcanzará a la capital cuando las riquezas del Norte sean ampliamente explotadas, Bahía Blanca y otros puertos del Sur, por parecidas razones, serán las grandes ciudades del futuro, y entonces será atenuado el poder absorbente de Buenos Aires, y la vida se distribuirá por el territorio argentino con el ritmo y la armonía con que se distribuye la sangre en un cuerpo de robusta salud y sano equilibrio funcional. Todos estos puertos, abiertos al trato mundial, podrían ser representados gráficamente, y lo harán alguna vez los escultores, con la efigie de alguna deidad del cosmopolitismo del amor humano, con una mano, extendida hacia la Europa, para pedirle hombres, ideas, máquinas y cultura, y con la otra, extendida hacia el interior, para pedirle frutos, granos, metales y productos naturales.

De la misma influencia geográfica, que continúa actuando hasta en las más secretas vibraciones del espíritu, se infiere la función trascendental de las provincias del centro y el norte del país, que encerradas en lo antiguo entre sus altas cadenas de montañas, pero comunicadas íntimamente entre sí, llegaron a formar el núcleo nacional, que dice Ramos Mejía, caracterizándose por la uniformidad de su vida y costumbres, de sus ideas y sentimientos; como que están ligadas fuertemente por un destino común. A la cabeza de este sistema, Córdoba, por sus prestigios intelectuales y en contacto directo tanto en las provincias del norte como con el litoral, intermediaria obligada entre estos dos grandes sistemas, es el campo de lucha de las dos

tendencias, pero, al mismo tiempo, exponente el más elevado del espíritu conservador de los países montañosos, por lo que en ella se debilitan las corrientes liberales del litoral y predomina el espíritu dogmático. Las dos fuerzas, cuyos centros superiores son Buenos Aires y Córdoba, han actuado hasta en la forma en que hasta hoy se han elegido los presidentes argentinos, sucediéndose, casi como por ley, los litorales y mediterráneos. Entrará a actuar, tal vez en la segunda mitad del presente siglo, o antes, la tercera fuerza, o sea la Pampa, con todo el sur del país, tierra de promisión en que la raza dará sus frutos más hermosos y la energía argentina llegará al máximo de su potencia creadora y de su genio, listo ya para germinar!

El tercer sistema geográfico argentino se halla aún en algunas partes en el estado que los autores de filosofía de la historia llaman salvajismo; pero, después de haber entrado a formar parte de la Nación por la conquista del desierto, sometido ya a la influencia del progreso, que avanza a grandes pasos en el vasto territorio, obedecerá lógicamente al impulso directo de los centros actuales de la vida nacional, — hallándose geográficamente ligado al sistema del litoral por el océano y los ferrocarriles, que son fáciles en la llanura ondulada levemente, y al sistema central y norte por la misma llanura, que se prolonga hasta dentro mismo de Córdoba y San Luis. De lo cual resulta la unidad talúrica del país.

IV

En el carácter, en las costumbres, en la salud, en el desarrollo físico, en la mentalidad, en la procreación y la longevidad, en todo lo que constituye la vida del hombre, influye poderosamente la tierra, — el factor primario, fundamental. Los pueblos antiguos emigraron constantemente, como si jamás estuvieran satisfechos con el suelo en que vivían, — o quizá porque el hombre, como otros animales, necesita cambiar de territorio cada cierto número de siglos para no degenerar, — para regenerar su sangre, intensificar su vida, nutrir su alma y mejorarse en sus descendientes. La emigración en masa, como en los pueblos antiguos, es cada vez menos posible y seguramente menos necesaria.

pero la emigración individual basta actualmente para la transfusión permanente de energías humanas, y continuará, sin duda, indefinidamente, operando su sana función entre todos los pueblos de la tierra. Cuando, si ello es posible, no sea ya el hambre, como aviso orgánico, la causa determinante de las migraciones, será el placer de ver tierras nuevas, el deseo de alejarse de recuerdos ingratos, la aspiración de recomenzar la vida cuando aún se está a tiempo para hacerlo, serán, en fin, otras causas, más morales que materiales; pero el hombre continuará emigrado, y quizá migrará un día periódicamente, como recurso de salud y necesidad del espíritu. Pero, donde quiera que exista una habitación humana, habrá, ante todo, una tierra adecuada para sustentarla, que no contenga peligros para la salud (o para la integridad física, como ocurre en las tristes tierras que tiemblan, y que la estupidez humana no abandona), una tierra limpia de gérmenes impuros, bañada por aires generosos y ozonizados, una tierra, en fin, que sea digno pedestal de la belleza, la fuerza y la fecundidad humanas. Porque cada pedazo de tierra tiene sus virtudes o vicios, y, no ya la región, sino hasta los pocos metros cuadrados en que se levanta una habitación, deben estudiarse con ese espíritu, no destinándolos a un uso que no convenga, o modificando sus condiciones artificialmente, si ello es necesario para que cada cosa sirva a su destino perfectamente y sin peligros.

Al sembrar poblaciones en nuestro vasto territorio, como quien siembra hongos en arenales soleados, realizamos una labor criminal, hoy que la ciencia propia y ajena podría darnos principios para escoger cuidadosamente la ubicación de nuestros pueblos, con el mismo cariño con que el padre levanta las paredes de la casa en que vivirán sus hijos!

Veamos en el ambiente, en la perspectiva, en el suelo y en sus aguas, en la composición química de las tierras, en todo lo que puede influir sobre la vida del cuerpo y del espíritu, lo que más convenga al porvenir que será hijo de nuestros actos, para que, al alejarnos de la tierra amada que sustenta nuestros cuerpos y encerrará nuestros despojos, tengamos la postrera visión de la vida triunfante sobre el dolor y las miasmas, sobre el peligro y las pestes, exten-

diéndose en campos dilatados y en hermosas colinas la repetida, la interminable nota alegre de la vivienda sana, en la que crece feliz y contenta la generación que continuará el secular esfuerzo, del que somos un eslabón en la infinita cadena del tiempo...

ERNESTO LEÓN O'DENA.
